

El infierno empieza aquí



Luisa González

El infierno empieza aquí



menos**cuarto**

© Luisa González, 2021

© de esta edición, Menoscuarto [E. Cálamo, S. L.], 2021

ISBN: 978-84-15740-74-2

Dep. Legal: P-200/2021

Diseño de colección: Echeve

Ilustración de cubierta: © Edgar Moran | unsplash

Corrección de pruebas: Beatriz Escudero

Impresión: Gráficas Zamart (Palencia)

Printed in Spain - Impreso en España

Edita: MENOSCUARTO EDICIONES

Pza. Cardenal Almaraz, 4 - 1.º F

34005 PALENCIA (España)

Tfno. y fax: (+34) 979 701 250

correo@menoscuarto.es

www.menoscuarto.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A mis padres

1

Nació cerca del fogón, trazada en el cemento del suelo de la cocina. Tenía unos ojos grandes y rasgados, que miraban con descaro. Y una sonrisa entre cínica y lasciva. El contorno de la cara aparecida en el pavimento se dibujaba nítido e inconfundible. Sin duda, se trataba de un rostro siniestro, de cuya nariz parecía que brotaba la sangre a borbotones, como si hubiese sido brutalmente golpeada. Sin embargo, después de reparar apenas unos escasos segundos en aquella extraordinaria faz, María Gómez Cámara se convenció de que no se trataba de una nariz sangrante, sino de unos dilatados bigotes que sorteaban los labios.

Al principio, María la observó con cierto recelo, inconsciente de lo que se le avecinaba. A simple vista, apenas parecía una mancha grasosa de aceite sucio en el suelo, pero enseguida pudo confirmar que se trataba de un rostro. Un rostro perfecto. De ojos vigilantes. Cejas serpenteadas hacia las sienes. Boca chica y burlona. Lánguidos bigotes. Sin poder dar crédito a la perfección de la cara que se había dibujado en el suelo, se arrimó un poco más para examinarla con precisión.

De cerca, los trazos se perfilaban con mayor nitidez. Figuraciones más, se dijo. Y continuó removiendo la comida con desgana, sumida en el sopor del mediodía. En la lumbre, sobre las trébedes, una sartén repleta de pimientos verdes. Burbujeo de aceite. Figuraciones más, se repitió, bajo los efectos de la fiebre de Malta. Fatiga y escalofríos. La calentura le subía en décimas sinuosas. No daba tregua. Ni siquiera para hacer lo imprescindible. Llevaba ya varios días postrada en el sillón de la cocina, sin moverse apenas. Pero ahora había hecho acopio de las pocas fuerzas que tenía repartidas por el cuerpo febril. Las suficientes para prender el fuego en la chimenea. Las necesarias para remover los pimientos en la danza incesante de espuma que esparcía gotas de aceite y ceniza sobre el cemento de la cocina.

El bullicio de los vecinos entraba por la ventana abierta. Las calles de Bélmez estaban abarrotadas de la multitud que celebraba las fiestas. Manadas de personas calle arriba, calle abajo. Griterío y algazara. Un hervidero de voces alborotadas. El calor de un agosto sofocante. Y esa maldita fiebre de Malta que la estaba matando, pensó María. En ese instante deseó que acabaran las fiestas de una puñetera vez. Que la calle volviera a ser diáfana y serena. Que solo se oyera el sutil silbido de los vencejos sobrevolando los tejados al caer la tarde. Le costaba entender que las fiestas patronales pudieran alterar tanto la paz de un pueblo y que sus habitantes sucumbieran con tanta fatalidad a los estragos de la feria. A María, la festividad del Santo Señor de la Vida le traía sin cuidado. Para ella, la necesidad estaba

reñida con la celebración. La fiesta no daba de comer; el trabajo, sí. Por eso su Marido se deslomaba en jornadas de domingo a domingo, de sol a sol, así se asase en verano o se helara en invierno. Lo primero era lo primero, murmuró para sus adentros y, con esas palabras, se puso a salvo de cualquier banalidad.

Esperaría a su Marido con la mesa puesta. Con la cena a punto. Para resarcirlo de las inclemencias del tiempo y del desaliento del cuerpo. Que los pobres apenas probaban las delicias de la felicidad. Pimientos verdes fritos. Para cuando él llegase. El júbilo y la jarana de afuera ya se habrían acabado. Justo al caer la tarde, al comenzar la procesión. Entonces el silencio se pasearía por su calle apenas iluminada por los candiles de aceite en las manos de los penitentes. Imaginó las velas llameantes desfilando en la oscuridad. Entre el rigor de los rezos y el olor de los cirios. La detonación de los tambores. Y el mismo mutismo estridente de siempre que los acompañaría a lo largo de la cena.

Retiró la sartén del fuego y apartó los pimientos en un plato con una espumadera. Entonces volvió a verla. Seguía allí. Insolente. Desafiante. Esbozando una sonrisa artera. María pisó la cara con la punta de su alpargata. Y restregó con energía la suela en el suelo. Pero la mancha no se alteró. Ni pizca de gracia le hacía aquella caprichosa alquimia de aceite y hollín. Agarró un paño. Y lo impregnó con lejía. Se arrodilló sobre el cemento, con la siniestra cara a escasos centímetros de sus ojos. Frotó con ahínco para borrarla. Pero, a pesar de haber puesto todo su empeño en hacerla desaparecer, la cara se le resistió. Ni siquiera un ápice, ni

un nimio rasgo había conseguido cambiarle a aquel rostro infausto. No iba a ser tan fácil, pensó. Buscó un pedazo de jabón de sosa. Y lo restregó en el suelo. Vertió un poco de agua y frotó la mezcla con un estropajo de esparto. Aquel remedio, tantas veces infalible, tampoco funcionó. Ni el cepillo de cerdas duras. Ni el chorro de vinagre que vino después. Nada sirvió para aniquilar la cara de la que María se alejó con trancos ligeros, espantada.

No era un buen día para digerir semejante broma, admitió. Y mucho menos en el estado en que se encontraba. Con esa fiebre de Malta que la abrasaba por dentro y por fuera.

Ese lunes estaba siendo un día indeseable. Le costaba hacerse a la idea de que todo ese desvarío pudiera ser fruto de la enfermedad. Se tocó las sienes, donde sendos corazones latían descompasados, para tomarse la temperatura. Le ardían. Figuraciones mías, se dijo de nuevo al volver a mirar la cara dibujada en el suelo. Esto tienen que ser figuraciones mías.

Minutos después continuaba examinándola. Desde lo alto, de pie, impávida y blanca como una estatua de yeso. La cara del suelo le devolvía una sonrisa cínica y una mirada movediza. María volvió a constatar que se trataba de un rostro fatídico, de ojos magnos y sesgados, que la observaba con inquisitiva insolencia.

Entonces afirmó que una cara, descarada, le plantaba cara.

Durante unos minutos, barajó la conjetura de que se tratase de una broma. Pero en apenas un instante desistió

de tal idea. No necesitaba mucho más tiempo para llegar a la conclusión de que su Marido no era en absoluto dado a ese tipo de gracias. Sin embargo, salvo él, en los últimos días, nadie más había puesto los pies en la casa.

Qué era, pues, aquello que la miraba desde el suelo con semejante desfachatez, se preguntó.

Una cuchillada de calor la sorprendió indefensa en mitad de la cocina, cerca del fogón, donde todavía ardían las ascuas. Se le estremeció hasta el último tuétano de los huesos frente al fantasma petrificado. Entonces gritó. Un torrente de voz aguda atravesó su garganta y salió disparado por su boca abierta de par en par.

Al momento dos vecinas entraron en la casa como caballos desbocados. En la cocina se respiraba una bruma olorosa de pimientos verdes fritos, jabón de sosa y lejía. María temblaba de pie frente a la peana de la chimenea. La tomaron por el brazo y la ayudaron a sentarse en su sillón. Daban por supuesto que el temblor y el mal color de cara eran fruto de la fiebre de Malta. María estaba demudada, blanca y fría. No podía articular palabra alguna. Apenas le alcanzaban las fuerzas para señalar con el dedo índice trémulo hacia un punto impreciso del suelo de la cocina. Las vecinas miraron el cemento, pero no vieron nada.

—Está delirando... —dijo una de ellas mientras le palpaba la frente a María intentando reconocer los signos de la fiebre.

—Sí, la calentura... —afirmó la otra.

María se zafó de las manos que buscaban los síntomas de su enfermedad como si trataran de adivinar un acerti-

jo indescifrable. Reunió las pocas fuerzas que le quedaban esparcidas por sus adentros y se acercó a la chimenea para mostrarles la cara aparecida en el suelo.

—Una mancha —dijo una, victoriosa, como si hubiera adivinado a qué se debía la alucinación de María.

—Menudo manchurrón —dijo la otra.

María se levantó del sillón y se agachó al suelo. Repasó los contornos de la cara con la yema del dedo. Los ojos. Las cejas. La nariz. La boca. Como si ella misma la estuviera dibujando en ese preciso instante.

—¡Una cara! —gritó la primera.

—¡Sí, una cara! —exclamó la segunda.

La expresión de María se alteró al entender que sus vecinas comenzaban a alabar sus dotes pictóricas.

—No lo he hecho yo... —dijo con enojo.

Entonces las vecinas inquirieron a María con un silencio interrogativo. Otro silencio más largo e intenso que el anterior surgió a modo de réplica. No había más explicaciones. Al menos, María no las tenía. El rostro dibujado en el suelo hablaba por sí mismo, aunque no revelase el porqué de su presencia, ni su origen, ni diera indicio alguno del autor de semejante antojo.

—Es fea —dijo al fin la vecina menuda y maciza, que tenía el color de las almendras tostadas y unos ojos de gata en celo que acentuaban su dulzura.

—Sí, es fea —admitió la otra, que parecía presumir de algunos índices de imbecilidad.

Después, ambas se entregaron a un gesto de horror ridículo que no pudieron disimular. Se quedaron absortas

en la contemplación del rostro, sofocadas por el olor ardiente de la cocina, ahogándose de júbilo y extrañeza ante el hallazgo.

—Eran pimientos verdes fritos —dijo María, cuando recobraron la compostura y les mostró el plato—. Estaba guisando en la chimenea, en el fogón de leña con lumbre y, al tiempo de mover la comida, vi la cara en el suelo. Antes de hoy, nunca había visto nada parecido. ¡Menudo susto me ha dado! Al tiempo de mover la comida... Y como yo me encontraba al lado de la sartén, la vi en el suelo.

Las vecinas se encogieron de hombros, como si no entendieran las explicaciones de María. Una de ellas se agachó y restregó el rostro dibujado en el cemento con el pico de su mandil. Después la otra hizo lo mismo con la suela de su alpargata humedecida con un escupitajo que previamente había lanzado al suelo. Pero la imagen permanecía inmutable, con su sonrisa lasciva y cínica, desafiante.

—Yo creo que ha venido para quedarse —dijo María.

Volvieron a mirar la cara una vez más antes de salir despavoridas de la cocina, como bandoleras fugitivas. Fuera se toparon con la banda municipal que en silencio se dirigía hacia el ayuntamiento. Y con otros vecinos que venían de vuelta de la feria instalada en la plaza. Formaron un corro frente a la puerta de la casa de María para escuchar la descripción del dibujo que había aparecido como por arte de magia en el suelo de la cocina. Enseguida ese mismo corro se trasladó adentro, en torno a la cara trazada en el cemento.

Desde su sillón, María oyó una sarta de sandeces. Cada cual, con una teoría distinta, intentaba justificar la

aparición de aquella faz siniestra. Algunos incluso llegaron a discutir, defendiendo sus hipótesis a gritos y empujones.

Al poco rato, el rumor de que en la cocina de María había aparecido una cara dibujada en el suelo ya había corrido de boca en boca por todo el pueblo y había trascendido a las autoridades locales. La noticia, pregonada a los cuatro vientos, era para muchos lo mejor que había sucedido en los últimos tiempos en Bélmez. Para otros, lo peor. No había acuerdo posible. Era cosa del conocimiento; y también de la demencia. Para creer o para reventar. El mismo Dios o el mismísimo demonio.

A medida que caía la tarde, la casa se fue llenando de curiosos que querían comprobar con sus propios ojos la existencia de aquel rostro aparecido misteriosamente en el cemento de la cocina. Entraban a empujones, intentando abrirse paso entre la multitud, peleando si era necesario. Los que habían conseguido acceder a la cocina salían amilanados y se desperdigaban después en la calle, dejando un reguero de rumores en el aire. Alguien se atrevió a afirmar que aquello era un milagro del Santo Señor de la Vida. Y muchos vecinos lo dieron por bueno e incluso llegaron a ratificar el enorme parecido de la enigmática cara con el rostro del Santo Patrón de Bélmez.

Poco antes de que comenzara la procesión, le tocó el turno al Maestro de la escuela. A pesar de los comentarios que había escuchado en la calle, no sabía a ciencia cierta con qué se iba a encontrar. Pero, por supuesto, ya había descartado el milagro, y también cuantas otras patrañas habían inventado sus vecinos. No concebía la vida sino a